

suadian al público de la santidad y poder sobrehumano de Fr. Jordan; pero lo admirable, lo en verdad maravilloso fué su predicacion á los indios de la Sierra. Para formar idea de sus apostólicos trabajos era necesario conocer el teatro de su predicacion: algo se ha dicho ya del terreno que recorrió y ahora se procurará completar la descripcion.

5.—Es la Sierra de Oaxaca una extension de terreno que se dilata al norte y al este de la ciudad, comprendiendo casi la mitad del territorio de lo que es hoy el Estado de este nombre, erizado de montañas de tal suerte encadenadas, que las más veces no média entre ellas un valle de veinte varas. Suelen hallarse planicies hermosas en las cumbres, y no es raro tambien que al tocar una cima, cuando el viajero cree que va á descender por la falda opuesta de la montaña, tropiece con la base de otra enorme montaña, que á su vez tiene en la cumbre los cimientos de otra que se iergue entre las nubes. Se creerian inmensas gradas destinadas á escalar el cielo.

Desde estas alturas se alcanzan á ver los dos océanos y una gran área de tierra firme, No es raro tambien que desde los más dominantes crestones y con un cielo limpio y trasparente, se contemplen las nubes y las tempestades mecerse y resonar bajo de los piés. Desde allí, én fin, se descubren á veces, hasta donde llega la vista, bosques de árboles corpulentos, cuyas copas unidas asemejan á distancia la verde grama de un prado.

La vegetacion es en efecto exuberante en las vertientes de algunas de estas montañas, y á veces se encuentran de tal suerte entrelazadas las ramas de los árboles y tejidas por bejucos y otras hierbas enredaderas, que no puede abrirse paso entre ellas, por leguas enteras, un solo rayo directo de sol. El follaje solo que se desprende de las ramas y cubre la tierra, suele tener una ó dos varas de espesor. Entre estos bosques cruzan centenares de leones y otras fie-

ras, se mecen tropas de monos y se arrastran serpientes de todas dimensiones y figuras.

En las laderas brotan manantiales y en las cañadas corren torrentes, que á veces se precipitan en hermosísimas cascadas y que uniéndose á otros confluente llegan á formar majestuosos rios. En los declives más pronunciados, suele tambien acontecer que la tierra floja que reviste el núcleo de granito de las montañas, no pudiendo sostenerse, resbala y cae al fondo de las cañadas, arrastrando consigo árboles, animales y caminos, dejando en pos un plano tan inclinado, que no fuera posible tenerse allí en pié.

Se podrian llamar estas montañas vírgenes aún, pues solo las cruzan los viajeros apresurando el paso para llegar presto á los pueblos distantes unos de otros muchas leguas, pues si la noche los sorprendiese en el camino, tendrian que sufrir largas horas de desvelo, encaramados en los árboles y oyendo el temeroso rugido de las fieras.

Nada más deleitable que contemplar las bellas perspectivas ó los grandiosos cuadros que allí se ofrecen á la vista; pero nada más penoso que caminar por esos montes en que cada paso es un peligro, así por los precipicios que bordean las sendas como por los caminos mismos abiertos, que con frecuencia oponen dificultades que no se pueden vencer sin gran fatiga. Además, las ilusiones que se producen al medir con la vista las distancias que se han de recorrer, causan muy poco grata sensacion. Al partir de un pueblo muchas veces se presenta á la vista el otro, punto final de la etapa, tan aproximado y cercano, que se diria estar al alcance de la mano: desde la una de estas poblaciones se ven las casas y sus moradores, se oyen tañer las campanas, cantar los gallos y cacarear las gallinas de la otra; sin embargo, entre ambas média un dia ó poco ménos de distancia, por la razon de estar ambas situadas en cumbres elevadísimas cortadas casi verticalmente hasta inmensa profundidad, á la cual hay que descender serpenteando y ro-

deando largamente para subir despues del mismo modo por la parte opuesta.

Son tan ásperas estas montañas que hasta hoy no se han docilitado al acceso de los ejércitos, ni en nuestras guerras civiles ni en tiempo de la invasion española, pues como ya se ha dicho, no pudo pasar esta armada adelante de Villalta. El clima recorre todas las temperaturas, desde el frío más intenso en las alturas de los montes, hasta el sofocante calor de las profundas cañadas. El carácter de los indios es aún hoy áspero y cerril; en aquella época debe haber sido intratable.

A éstos fué enviado Fr. Jordan por el provincial, que lo era Fr. Domingo de Santa María. En el desempeño de su encargo, el austero religioso observó fielmente las siguientes prescripciones cuya dificultad conocerá cualquiera. Primera, no dispensarse uno solo de los estatutos y reglas especiales de su Orden. Segunda, no rebajar sus penitencias ni disminuir las prácticas piadosas de costumbre. Tercera, acudir adonde la necesidad lo llamase, sin perder un momento. Cuarta, no perdonar fatiga ni concederse descanso en la conversion al catolicismo, de los indios.

Así es que Fr. Jordan trabajaba en su ministerio desde el principio al fin del día, continuando despues sus fatigas durante una gran parte de la noche. El pensamiento que dirigia todas sus operaciones era el de salvar de su eterna ruina á los infieles. Para lograr su intento todo la sacrificaba, desapareciendo el cansancio y las enfermedades, los peligros y el temor mismo de la muerte. Cuando la necesidad lo exigia, marchaba de un punto á otro sin reparar en que lloviese ó no, en que alumbrase el día ó fuese tenebrosa la noche, sin medir las jornadas, sin servirse de cabalgadura, sin proveerse siquiera de alimentos. Vez hubo en que pasó el día caminando sin gustar otra cosa que cinco almendras de cacao y un poco de agua; ni fué raro que sobrecogiéndole la noche en los caminos, la pasase tranquilo, orando

al borde de un barranco, escuchando sin conmoverse el ruido de las fieras y el silbo temeroso de las víboras.

6.—La mayor dificultad que pulsaba para dar cima á su empresa, era la codicia de algunos españoles que á toda costa buscaban oro. El religioso, atrevidamente se metia entre los infieles, les hablaba sobre sus intereses religiosos, se esforzaba en persuadirles la falsedad de sus divinidades groseras é impotentes, y la excelsa grandeza del Dios único de los cristianos; y cuando de mil y una penalidades, soportadas con perfecta resignacion para conseguir el propósito, obtenia que le entregasen sus ídolos de piedra ó de metal, tenia que emprender nueva lucha con sus compatriotas que seguian sus pasos y le tendian asechanzas espionando la oportunidad de apoderarse y reducir á moneda corriente aquellos mismos idolillos: de este modo los indios se persuadian que no el deseo de salvar sus almas, sino la sórdida avaricia era el móvil de los operarios de la Iglesia. Además, que la inhumanidad y trato cruel de algunos de aquellos déspotas dominadores, hacian desconfiar á los indios de los sacerdotes, que confundian á unos y otros blancos en una execracion comun.

A pesar de todo, y venciendo toda clase de obstáculos, incluso groseras calumnias que algun mulato esparció contra su honor y de que su mismo autor tuvo al fin que retractarse obligado por el clamor de su conciencia, Fr. Jordan docilitó á los indios, los congregó en pueblos, les enseñó algunas artes, los doctrinó en la fé de Jesucristo, y cuando entendió que dejaba firmes en las creencias católicas á los zapotecas serranos y á los netzichus, prestó sus auxilios también á los mijes y á los chontales. En el espacio de dos años redujo al cristianismo á una gran parte de aquellos indios. En medio de sus fatigas incesantes, no aflojaba sin embargo sus penitencias, ántes bien, las aumentaba cada vez, tratando á su cuerpo con una dureza inaudita. De día,

como se ha dicho, cruzaba los caminos en todas direcciones, sin sombrero ni abrigo, sin cuidarse de las lluvias ni de los ardientes rayos del sol, y por la noche, su descanso era la disciplina. Sus mortificaciones continuas minaron su salud y lo redujeron á tal debilidad, que se vió expuesto á perder la existencia; no pudiendo sostenerse en pié á la orilla de horribles precipicios, cayó en ellos más de tres veces, atribuyéndose á milagro evidente que hubiera salido sin lesion.

7.—Fr. Jordan consagró sus afanes á los zapotecas, porque poseía con perfeccion su idioma; más difícil era la empresa de convertir á los mijes, por lo que, como más jóven, se hizo cargo de ella un digno compañero, Fr. Pedro Guerrero. Este religioso tomó con tanto calor el cuidado de estos indios, que á los seis meses de haber llegado á Villa-alta sabía con perfeccion el idioma de los mijes y estaba instruido en sus costumbres más íntimas. Fr. Pedro reprodujo entre estos indios lo que Jordan había practicado con los zapotecas. Desde el primer dia lo vieron llegar á sus pueblos sin aparato alguno de armas, sin apoyo alguno en los conquistadores, saltando como los gamos sobre los riscos, mal cubierto con el hábito y débilmente sostenido por un bejuco. Los mijes eran valientes, y hasta entónces habían permanecido con pecho indómito ante las alabardas españolas; mas por no sé qué ley de la naturaleza, la debilidad triunfa casi siempre de la fuerza: aquellos indios varoniles, que habían destrozado ejércitos, mansos y dóciles abrieron sus puertas al fraile dominicano.

Cuando le vieron llegar, se agruparon en torno suyo, lo contemplaron en silencio y se maravillaron oyendo que les hablaba en su idioma, y que como si fuese con el dedo les tocaba las llagas del corazon. Observaron por algun tiempo las costumbres del fraile y las encontraron raras en extremo. Aquel hombre no pedia cosa alguna, ni buscaba oro como los otros españoles: comia parcamente las tortillas

que álguien le ofrecia: pasaba la noche murmurando conversaciones con séres invisibles, y cantando canciones en lenguaje extranjero y durmiendo muy pocas horas en el suelo desnudo y en el campo abierto: frecuentemente buscaba la conversacion con los indios mismos, por quienes parecia tener especial predileccion: no los perseguia como el resto de los blancos, ántes bien, procuraba servirlos, especialmente si los aquejaba alguna enfermedad. Lo más singular era, que miéntras le animaban tan benéficos afectos para con los indios, consigo mismo se conducia de un modo cruel, valiéndose de varios instrumentos para ensangrentar su propio cuerpo.

La doctrina que predicaba era una filosofía nueva, inaudita para ellos, pero irresistible, pues parecia fundada en la naturaleza de las cosas, encontrando siempre eco en los sentimientos del corazon. El resultado de todo fué el que debía preverse. Al principio, andaban los indios confusos, concertando en el interior de su alma la doctrina que les predicaban, y un poco despues, como alumbrados súbitamente por un rayo de luz del cielo, en masa fueron al sacerdote pidiendo las aguas del bautismo.

8.—Las obras grandes no se realizan sin graves dificultades: era, pues, necesario que Fr. Pedro sufriera en la prosecucion de su empresa sérias resistencias; y si bien es cierto que por entónces los mijes se rendian á la voz del pastor, los españoles por una parte y los zapotecas por otra, fraguaron contra él tales imposturas, que por poco no le hacen retroceder en su camino. El motivo fué su ardiente celo, que no quedando satisfecho con la conversion de los mijes, quiso además prestar algun socorro á su colega Fr. Jordan, aprendiendo con él en poco tiempo el idioma zapoteca y consagrando parte de su tiempo al bien espiritual de estos indios. Por el año de 1559, en que por ausencia de Fr. Jordan á México, había quedado de vicario de am-

bos idiomas, supo que D. Alonso, cacique de Comaltepec, y su hijo, apostatando de la fé católica, tributaban adoraciones á los ídolos. Con esta noticia emprendió la marcha, deseoso de reducir á la oveja descarriada. Llegó á Comaltepec, se avistó con el cacique relapso, le habló con entereza, le obligó á confesar sus delitos, recibió de sus manos los ídolos que tenia ocultos debajo del altar católico, lo acompañó á una cueva retirada en donde halló cuatro marmitas de barro llenas de idolillos, derribó el sacrificadero erigido en aquel lugar, despedazó los frágiles ídolos, holló las plumas, el oro y las joyas que los adornaban, y en presencia del pueblo, con manifiesto peligro de su vida, aprehendió al cacique culpable y lo condujo solo á la Villa-alta.

Luego se dirigió á Choapan, por la noticia que le dieron de nuevas apostasías verificadas allí, en busca del gran sacerdote Coquitela; mas no tuvo la fortuna de encontrarlo por haber muerto meses ántes. Dávila <sup>1</sup> refiere las ceremonias de su inhumacion. Préviamente adornado con joyas, medallas de oro, escogidas y curiosas mantas y otras preseas, conducido el cadáver en hombros de los *vinajas* ó conolegas de los sacrificios, habia sido depositado en un sepulcro abierto en una montaña, siendo con él sepultados vivos otros muchos indios é indias que deberian asistirle en los campos elíseos.

Iguales apostasías habia en el pueblo de Tabá, á donde se encaminó luego el celoso apóstol. Encontró allí un adoratorio, é inquiriendo el nombre de los culpables, le fué revelado el de siete personajes principales del pueblo. Los llamó á su presencia, les habló con su acostumbrada energía, y los persuadió que entregasen los ídolos. Así lo prometieron; mas apénas se retiraron á su casa, se arrepintieron. Uno de ellos, el más antiguo, habló á los otros en estos términos: "Sabeis que nuestros dioses, á quienes he-

<sup>1</sup> Dávila, lib. 2, cap. 87 de su historia.

mos servido con la sangre de nuestras venas y con los sacrificios de que son mudos testigos los montes, en sus palacios del otro mundo nos tienen preparado el descanso; y que para gozarle luego, y salir del dominio de estos poderosos extranjeros y librarnos de la persecucion de sus sacerdotes que nos quitan nuestras divinidades, queriendo que solo á su Dios adoremos, desamparando á los nuestros, que durante tanto tiempo nos han dado aguas é hijos, es el mejor medio morir. Nos esperan fiestas y regocijos: si teneis valor, seguidme á la muerte; si no quereis seguir mis pasos, esperadme, que intercederé con los dioses y vendré por vosotros." Se despidió de todos, tomó un lazo, se internó en el monte, y atado á las ramas de un árbol, se extranguló.

Cuando el corregidor y encomendero del pueblo, Gonzalo de Alcántara, tuvo conocimiento del hecho, mandó congregarse al pueblo, y haciendo traer el cadáver del suicida, lo arrojó á las llamas. La sensacion que tal mandato produjo en los indios fué indescriptible. Cuando el cadáver comenzó á carbonizarse, devorado por las llamas, entre la masa de los espectadores agrupados en torno de la hoguera se oyó un sordo rumor semejante al que precede la tempestad: de repente, el espanto del pueblo estalló como un trueno formado por los aullidos y las voces confusas. La multitud se revolvió en desórden y corrió en tropel al templo en que se habia refugiado Fr. Pedro Guerrero. No era la ira sino el desengaño lo que conmovia tan enérgicamente á los indios, quienes arrastrándose por el suelo é inundados en lágrimas, pedian al monje misericordia y perdon. Estaban persuadidos que los dioses defenderian el cadáver del sacerdote suicida; mas al ver su esperanza fallida, los mismos cómplices del idólatra se apresuraron á señalar la cueva que les servia de templo y á entregar las estatuas de sus principales deidades.

Todos los pueblos de Cajones siguieron el ejemplo: se

recogieron de los templos y de las habitaciones privadas, ídolos de todas materias, de todos tamaños y figuras, y juntos con los instrumentos del culto se pusieron á los piés de Fr. Pedro. Aquel día fué funesto para los ídolos: se les juzgó en solemne auto de fé, y todos, sin excepcion, fueron condenados á perecer. No hubo clemencia para ellos, pues Guerrero redujo á polvo así los que estaban formados de vil barro como los más preciosos y ricos.

9.—Entre otras cosas le presentaron una salvilla ó plato de piedra finísima verde con rayos rojos como la sangre, todo tan bien bruñido y lustroso cual si acabase de salir de las manos del mejor lapidario: estaba destinado al servicio del ídolo de más nombradía, y en él se depositaba la sangre de los penitentes. Fr. Pedro admiró la hermosura del plato; mas no lo perdonó: lo redujo á polvo menudo, que dispersó despues, arrojándolo al viento. Como hizo lo mismo con otras varias joyas de valor y el oro que se recogia lo aplicaba al adorno de los templos católicos, los españoles disgustados murmuraban, diciendo que aquel fraile usurpaba los quintos del rey, quitaba la comida á los conquistadores y encomenderos, quemaba á los indios y los ahuyentaba á los montes, desolando la tierra.

Tuvieron ocasion los más exasperados para desarrollar su malignidad en el castigo que el religioso impuso á otro indio. Supo que estando ya éste bautizado habia recaído en sus antiguas idolatrías y para escarmiento le mandó dar doce azotes. El castigo era leve bajo todos aspectos; sin embargo, el indio pareció desfallecer por la fuerza del dolor, y quedar muerto á los pocos momentos. Sus deudos lo amortajaron, abrieron la sepultura y lo trajeron á ella. En el instante de inhumarlo, Fr. Pedro, que sospechaba algun fraude, mandó acercar paja á los piés del cadáver y prenderle fuego: el ardid produjo su efecto, pues el indio se levantó de un salto y desapareció entre la multitud. Aquel

desgraciado se dejaba sepultar vivo con la esperanza de resucitar presto y ser venturoso al lado de sus dioses; mas como el fuego redujera el cuerpo humano á pavesas, presumiendo que nunca volverian á la vida los que sucumbian en las llamas, aquellos idólatras temian extraordinariamente la muerte de fuego, siendo así que la desafiaban en cualquiera otra forma, por más horrible que pareciese. Aquel indio, pues, que se hubiera dejado sepultar vivo por gozar de una feliz inmortalidad, no quiso perder su esperanza devorado por las llamas.

Pero ¿quién creyera que tan sencillo acontecimiento fuese la más séria causa con que acriminaron al padre Guerrero los encomenderos y los indios mismos? Dieron conocimiento al obispo y al provincial de la Orden; se denunciaron á la Audiencia y al virey los abusos del fraile; se libraron por las autoridades órdenes estrechas; se practicaron exquisitas pesquisas: el resultado fué, que constara con la claridad de la luz meridiana la inocencia del religioso. No quedó sin embargo justificado sino despues de sufrir numerosos y graves disgustos, que sujetaron á fuerte prueba su paciencia y la de Fr. Jordan, á quien por 1561 obligaron á pedir temporalmente su separacion de la Villa-alta.